

Ediciones
REVÓLVER



PATRICIA SUÁREZ
ANNA MAGNANI
Y OTROS CUENTOS

ANNA MAGNANI Y OTROS CUENTOS

PATRICIA SUÁREZ



Patricia Suárez

Anna Magnani y otros cuentos

(2016)

6 Narrativa

Diseño de portada: Clémence Kertudo

Diseño de interior: Editorial Revólver

Booktrailer: Ariel Fernández Verba

Contacto: edicionesrevolver@gmail.com

www.edicionesrevolver.com



Anna Magnani y otros cuentos de Patricia Suárez
está bajo licencia Creative Commons
Reconocimiento–NoComercial–CompartirIgual
4.0 Internacional License.

ANNA MAGNANI
Y OTROS CUENTOS

ANNA MAGNANI

Nos volvimos a ver después de nueve años.

Hacía nueve años que yo pensaba que él no me quería y de pronto se apareció. No es que hubiera estado esperándolo, sino que apareció.

En el ínterin, yo me casé y separé dos veces. Al parecer estoy condenada a que mis matrimonios duren cada vez menos. Tuve un hijo, y me mudé dos veces de ciudad. Viví en el Ecuador unos meses, pero no pude soportar el clima. Tuve un amante que dilapidó nuestros ahorros en el casino, afirmando que tenía una martingala. Mi hijo se trajo una guacamaya del trópico que nos pasó una especie de bacilo de Koch, del que esos pájaros son transmisores. No morimos esa vez, ni la que comimos de una lata de sardinas de Tailandia. Eran pescadores tailandeses que echaban sus redes aquí en Mar del Plata y luego iban y envasaban las sardinas en su país. Los pescaditos no aguantaban tanto; nosotros creímos que no sobreviviríamos a esa intoxicación. Pero sobrevivimos. Hace seis meses el que fue mi segundo marido atentó contra Ariel Sharon en Jerusalén y ahora está preso. No sé qué hacía él en Israel ni desde cuándo era un activista político, un terrorista o como se le llame. Mi hijo y yo tuvimos que asistir a una serie de interrogatorios de parte

del gobierno de Israel y mi única esperanza era que no nos torturaran. No nos torturaron.

Entonces, mientras yo evitaba hacerle el relato de mis últimos años y balbuceaba no sé qué cosa, él tomó mi mano y la besó, en el dorso. Estábamos comiendo arroz cantonés en un restaurante de comida *chifa* y la mitad de mi plato se volcó sobre mi falda. Fue un gesto torpe que hice al retirar la mano y quedó todo asqueroso. La chica china o peruana que nos atendía vino con un trapo rejilla húmedo y lo pasó por el mantel de plástico. Él sonreía, impecable. No le faltaba ningún diente, ninguna pieza dental hasta donde yo podía ver. A medida que envejecen los hombres se vuelven más atractivos. Es otra cuchillada por la espalda que nos infringe la madre naturaleza. Una lucha y lucha contra la ley de gravedad y el paso del tiempo, mientras ellos se vienen espléndidos. Aquí estaba él: tenía casi cincuenta años, pero con su pantaloncito de gabardina clara y sus zapatillas de tenis parecía un chico del bachillerato. Tenía un aire a Alan Alda, en la época en que Alan Alda era buen mozo. Había ojeras debajo de sus ojos, le daban un aire interesante, de intelectual cansado que ha quemado sus pestañas leyendo a la luz de un velador noches enteras. Él no era muy lector en el tiempo que estuvimos juntos; a lo sumo uno o dos libros por mes. Yo lo criticaba por eso, le decía que era bruto. Visto lo que fueron los hombres que vinieron después de él, él ahora me parece casi un bibliófilo. Hacíamos el amor todos los días; eso jamás voy a olvidarlo y no hubo hombre que repitiera esta hazaña. En realidad, para él

no era una hazaña sino una necesidad. Cuando yo no tenía ganas me amenazaba, medio en broma, medio en serio: Si mañana no lo hacemos, me doy una vuelta por el burdel. Me gustaba ese hombre; hasta me atrevería a decir que fui feliz con él, muy feliz. Lo dejé por otro hombre que me cautivó más hasta que le descubrí el truco, y al fin también lo dejé por otro, un tercero, que me abandonó a mi suerte en medio del trópico, sin un centavo y fugándose con una bailarina a la que, hasta el día anterior, denominaba ‘la idiota ésa’.

–Me instalé –dijo él– acá cerca, en Bernal. Estoy bien. Estoy mejor...

Hablaba como si en el lapso transcurrido hubiera estado internado en un hospital psiquiátrico. Tal vez lo haya estado.

En ese momento se movió la canasta que él tenía entre los pies. Era evidente que había un ser vivo dentro de la canasta, pero hasta entonces no lo había notado.

–No es nada –comentó–. Es Anna Magnani.

–¿La actriz?

Asintió.

Lo miré a los ojos e intenté sonreír. Yo tenía un puente y dos implantes dentales. Había subido veinte kilos durante el embarazo y en el período ecuatoriano había perdido cuarenta gracias a las diarreas consecutivas; esta inestabilidad me dejó estrías por todo el cuerpo y yo sentía que desnuda debía parecer un mapa de rutas. Como el deseo sexual ya no me asaltaba como en la adolescencia, tenía la ilusión de no volver a acostarme

con ningún hombre, a menos que fuera ciego y leyera libros en Braille o que estuviera muy enamorado de mí. Las dos cosas hubieran sido muy raras. Solía sentir que a mi autoestima le había pasado un tren por encima. De todas maneras, no hubiera vuelto a acostarme con él por nada del mundo. Esto lo aseguraba porque no había tomado una gota de alcohol; si volvía a tomar una copa después de cinco años de vida abstemia, tal vez me hubiera acostado con él. Era un hombre muy dulce y hacía la vista gorda a todos mis errores.

–Puse un criadero de pollos. *Dorkington*.

–...

–Gallinas *dorkington*.

–...

–Esta que llevo acá es Anna Magnani. La llevé a pisar a Haedo. Pero por un gallo de riña. Para mejorar la raza.

–...

–Ahora estoy en contacto con la Naturaleza.

Esta última frase la pronunció como si en lugar de criar pollos se comunicara con los extraterrestres. Jugando en el ‘*Simon Says*’ rojo-amarillo-azul, repito rojo-amarillo-azul... así hasta que estaciona la nave y lo chupan hacia otra galaxia. Rojo-amarillo-azul...

Recuerdo que una vez quise tener un perro. Él no quería. Me dio una serie de razones por las que no podía comprar no sólo el *geryhound* que había visto en la veterinaria, sino ni siquiera un chihuahua. Vivíamos en un departamento de un solo ambiente, no teníamos patio, ni balcón. Me comprometí a cuidar del perro,

a sacarlo a pasear dos veces al día. Entonces él me lo prohibió. Así, lisa y llanamente me dijo: Te prohíbo que traigas a esta casa un perro. Si el perro entra, me voy yo. Yo, por supuesto, no compré el perro.

Pero resulta que ahora él estaba en contacto con la naturaleza.

–¿Las exponés en una feria o qué? ¿Existe un *Kennel Club* de las gallinas, algo así?

–No –dijo.

–¿Qué hacen en especial las *dorkington*?, ¿son ponedoras?, ¿o la rotisería es el único destino? O, no sé, las plumas compiten con las del ganso para fabricar edredones...?

–Son buenas compañeras –afirmó él.

–Ah, ah –suspiré.

Muy bien, resulta que él tenía un reñidero.

Esa inclinación que tienen los hombres por el juego es ajena a mi entendimiento.

–Ilegal. Digo, hacés que las gallinas tengan una ocupación ilegal. Lo de las apuestas.

–No, no.

¿Qué negocio tendría este hombre?

Cuando se alejó de mi vida, trabajaba editando notas en un noticiero; su única pasión eran las películas de James Bond. ¿Cómo pasó del telenoticiero a los pollos? Misterio. Como a todos, a él le gustaba más el Bond protagonizado Connery. A Pierce Brosnan lo tenía atragantado; Pierce Brosnan era un Bond para mujeres. Sean Connery también tenía la suerte de muchos ellos;

más viejo venía, mejor estaba. Podría ser mi abuelo –por suerte mis abuelos están muertos; ya no podré tener hacia ellos ningún pensamiento incestuoso.

El postre que nos sirvieron se llamaba *chuño*. Era una especie de natilla, pero peruana. Batida por chinos. Los chinos fueron esclavos en el Perú hace como un siglo. Luego se acostumbraron unos a otros y ambos a la esclavitud. Todos comen arroz *chaufán* ahora.

Se inclinó hacia la canasta, donde Anna Magnani estaba visiblemente incómoda y piaba y sacó de allí una petaquita de licor. La echó en un café.

Esperé que me ofreciera, pero no me ofreció licor. ¿Alguien le habría dicho que era una recuperada de alcohólicos anónimos?

No sé cómo mi boca se atrevió a articular:

–Siempre me pregunté cómo saliste adelante tan pronto.

–Suerte –dijo él–. Tuve suerte. Y no fue tan pronto. Pensaba que vos ibas a conseguir a alguien primero.

–Yo también lo pensaba.

–Cuando te vi con Eduardo me dije: consiguió a alguien alto y apuesto. Siempre te gustaron los hombres altos.

–¿Quién es Eduardo?

Es obvio que estaba confundido.

–Yo nunca salí con nadie que se llamara Eduardo.

–Ah, ¿no?

–No.

–Creí que... Eduardo, él...

–¿Qué Eduardo?

–Un amigo mío. Me dijo que él te conocía y enseguida pensé que... Me habré equivocado.

–Ah...

–Claro.

–Sí. No conozco ningún Eduardo.

–Claro.

Nos reímos.

De repente dijo:

–Lo que da por sentado, entonces, que no saliste adelante.

–No. Me casé dos veces. Tengo un hijo de seis años, que se llama Andrés. Pero no salí adelante, no.

Le sonreí. Ya no me importaba que mi sonrisa no fuera perfecta.

–Yo tampoco –agregó–. Ahora están las gallinas en mi vida... Suena como si no fueran algo importante pero son algo importante. Un proyecto es... Además son buenas compañeras.

Esa frase ya la había dicho.

Empecé a creer que practicaba la zoofilia.

–¿Qué hacen tus gallinas de particular?

–Las amaestro.

–...

–Están amaestradas. Dentro de poco vendrá un equipo de la BBC y harán un documental con ellas. Estas pueden distinguir imágenes. Seres humanos adultos de objetos inanimados...

–Yo creía que todas las gallinas eran capaces de eso.

–También distinguen letras.

-...

-Letras del alfabeto.

-¿Del alfabeto occidental?

-Sí.

-¿Leen? ¿Tus gallinas leen?

-Sí.

-¿Leen el diario, leen libros?

-Sí.

-¿Cómo sabés que leen? ¿Lo hacen en voz alta?

-Sí.

-Interesantísimo.

-No me creés.

-Convengamos que es un poco extraño hablar con gallinas. Un loro, un cuervo, un mirlo, pero una gallina...

-Decodifico los piídos.

-¡Ah! Eso ya es otra cosa.

-Tienen veinte sonidos para piar y cacarear.

Empecé a buscar con la vista a la empleada. Quería pagar e irme. ¿Cómo habíamos llegado hasta ese punto? Recuerdo que una de las cosas que lo atraían de mí, cuando nos conocimos, era que yo fuera ingeniosa. Después se quejó un día de no lograr saber cuándo le hablaba en serio y cuándo en broma. Finalmente, decidió que yo siempre estaba tomándole el pelo. Pero aun en ese entonces no tenía esta clase de ideas absurdas...

-¿Qué lee Anna Magnani?

-Decís, ¿ahora?

–Ahora está en la canasta. ¿O acaso le pusiste material de lectura adentro? Me refiero a por estos tiempos. ¿Qué lee? ¿Aventuras? ¿Romance? ¿Intrigas?

–Lee *Memorias del subsuelo*.

Era demasiado para mí.

Me levanté para irme. Él lo hizo a la par, azorado.

Me tomó de los hombros, como para zamarrearame, pero no me zamarreó. Sino que me besó en los labios. Un beso largo y dulce, como antes, como al principio.

–Vas a saber de mí por las noticias –dijo.

–No lo dudo.

Tuve ganas de volver sobre mis pasos, entrar al restaurante, sentarme a su lado otra vez, pedir arroz cantonés de nuevo y conversar. Hacer como si nada hubiera ocurrido, ninguna locura, y hacer ocurrir otras. Me hubiera gustado levantarme en medio del almuerzo, justo antes de que el arroz se volcara y besarlo, con la misma impunidad con que él me había besado a mí.

Pero yo soy de las que no vuelven sobre sus pasos: es un defecto tal vez, es un pobre mecanismo de defensa. Las palabras de Dostoievski sonaban en mi mente. Teníamos un chiste en la época de nuestro matrimonio. Cuando veíamos a alguien hermoso, superficial, solíamos decir que sólo nos acostaríamos con ese ser, no pretendíamos leer junto a él a Dostoievski. En el libro que las gallinas leían, el ruso escribió: “¿Y por qué nos preocupamos, por qué nos afanamos? ¿Por qué somos perversos y, a la vez, pedimos algo distinto? Ni nosotros lo sabemos.

Sería peor que recibiésemos contestación a nuestras irritantes plegarias.”

Cerré los ojos e hice un pobre ejercicio de imaginación.

Estaba yo en una chacra en Bernal, echando maíz a las gallinas. Se reunían en torno a mí. Yo repartía la comida y limpiaba el gallinero. Él distribuía material de lectura: Balzac, Stendhal, Tolstoi. Las gallinas leían en voz alta; ninguna precisaba de anteojos. Él se tiraba en la reposera y escuchaba. Era Anna Magnani con Dostoievski. “Déjennos solos, sin libros, y al punto estaremos perdidos y llenos de turbación. No sabremos a qué considerarnos unidos, a qué adherirnos, qué amar o qué odiar, qué es digno de respeto y qué merece nuestro desprecio”. Yo quería decirle unas palabras, probablemente sobre el alpiste o la clase de forraje que comen esos bichos, y él me decía por señas que me callara, que no interrumpiera la lectura. La gallina, indómita, cacareaba.

EL PROFESOR

Ellos llegaron cuando murió el Profesor Douglas. En la investigación hubo cierta confusión acerca de cómo ocurrió su muerte: la policía había encontrado arsénico en una alacena. Nosotras dudamos, entonces, del supuesto infarto que declaró el forense en el certificado de defunción. La gente se preguntaba qué motivos habría podido tener esa alma buena del Profesor Douglas para suicidarse, tan querido como era por sus alumnos, y con todo el respeto que le tenían sus colegas de la Cultural Inglesa, y nosotras meneábamos la cabeza de lado a lado y decíamos: Ningún, ningún motivo tenía para matarse.

Yo lo consideraba un hombre tranquilo. Y mi hermana Isabel le tenía cariño. Una vez que hablé con él, él me dijo:

–¡Ah, Lilián! En un crucero que viajara por el Caribe, yo hubiese tenido una propina de muchos dólares; hubiese sido un muchacho vanidoso. Habría estado siempre de viaje.

Después, cuando llegaron ellos, extraños como nos resultaron, nuestras preguntas se extinguieron igual que velas al fin de una jornada, y nos conformamos con pensar que tampoco el Profesor Douglas iba a quedar para semilla.

Al parecer, la señora que vino a buscar el cuerpo era su hermana. No vivía, sin embargo, en Nueva York, de donde

era el Profesor, sino en Seattle, bastante más al norte y en la costa del Pacífico. Sabemos, gracias a las películas, que Seattle es un lugar donde siempre está lloviendo.

La mujer no era bonita; tenía pómulos altos, como una tártara. Su mirada era franca, frontal: estoy segura que esa mujer creía que los ojos son las ventanas del alma. Miraba como si creyera, verdaderamente, que a través de los ojos se ponían en evidencia los pensamientos.

El marido de la señora, en cambio, se nos fue borrando, con el paso del tiempo. Me quedó la impresión de algo gris, como de un día en el que las nubes se van juntando para formar la tormenta. Nadie, ahora, se acuerda bien del color de los ojos de él, ni tampoco quedó en nuestra memoria su color de tez, más allá de que era lo que uno podría llamar, caucásico. Ha pasado por entre nosotros como un fantasma. El apellido de él era Ferguson.

Se instalaron en la casa del Profesor. Isabel fue y les pidió algunos libros, de los que eran de él, en recuerdo. La dejaron elegir. Mi hermana se llevó cuatro. Las hojas de esos libros ya se estaban poniendo amarillas. Uno de ellos estaba subrayado con tinta negra. Decía algo así: “¿Te acuerdas, Ninón, de nuestro largo paseo por los bosques? No sé por qué, me acordé ayer tarde de nuestras viejas cosas, de aquella larga, larga caminata”. Y más adelante: “¿Te acuerdas? Daban las once; la habitación estaba apenas iluminada por una lamparita, sus débiles resplandores luchaban en vano, en vano con la sombra.”

Los Ferguson no habrán estado, en total, más de dos semanas: para nosotros fueron como dos años. Nos

separaba de ellos nada más que una cerca de alambre y un roble cochambroso.

Por el olor a fritanga que nos llegaba a la mañana, dedujimos que ellos desayunaban como se ve en las series: huevo y tocino –que creo que es lo que acá llamamos panceta.

En general, al promediar el mediodía, la señora Ferguson salía con su cámara fotográfica y se metía, ya sea en el Richmon o en Los Inolvidables. Hay que pensar que esos son billares para hombres, y que los hombres que se reúnen en los billares tienen como un aire de marinos en altamar.

La señora Ferguson, forjada con el metal de los audaces, se metía en el billar, y entre los silbidos feroces de los hombres, los fotografiaba.

Supongo, claro, que ella se creía protegida por su flacura y por su fealdad, de la maldad de ciertos hombres.

Cuando salía del billar, se la veía alterada, semejaba un caballo corcoveando y con las dos manos en el aire.

El señor Ferguson la esperaba en la vereda, sudaba por entre las fibras del ambo de piqué, y suspiraba:

–Frances, please.

(Él pronunciaba “please” como si “please” fuese una palabra muy larga.)

Y ella le sonreía:

–Oh, Curtis.

Día a día repitieron las mismas palabras, y luego el sonido de los suspiros y las disculpas era apagado por el espectáculo del sol, cayendo detrás del río y de la isla.

Unas tardes antes de partir, la señora Ferguson vino a verme. Quería que yo le enseñara los nombres de los árboles de aquí. Eucaliptus, ceibo, palo borracho, paraíso, sauce. A lo mejor ella era botánica en su país. La palabra “sauce” le causaba risa. Pronunciaba “soz”, “salsa”, en inglés. Repitió las palabras hasta aprendérselas de memoria. Eran nombres de árboles que yo conocía y de los que había fotos en el diccionario que tenía Isabel. Después se fue. No recuerdo que me haya dado las gracias.

Al miércoles siguiente se habían marchado. Se llevaron las cosas que pertenecieron al Profesor, y dejaron la casa vacía.

Entonces, me di cuenta de que yo había pasado mucho tiempo pensando en el Profesor Douglas.

Cuando vivía, él tuvo un cuzquito en un tiempo. Como a veces no podía sacarlo a pasear, lo hacía Isabel. Lo llevaba de la correa hasta la plaza y ahí lo soltaba.

Ella decía que lo hacía porque el Profesor era simpático y buena persona. Él nunca le decía Isabel: la llamaba Elizabeth. Ignoro por qué. Yo creo que ella estaba enamorada de él; a ella no le importaba que él la llamara Elizabeth.

El perrito del Profesor usaba un collar muy fino, de cuero de antílope. Era gracioso: tenía una mancha negra que le cubría el ojo. El Profesor decía, decía que aquel perro era un hijo para él, y que, verdaderamente, el animalito le había enseñado que son más dignos de amor los perros que la gente.

Era el tipo de argumentos que Isabel detestaba oír. Escuchaba esas cosas y movía de lado a lado su larga cola de caballo negra como un giroscopio.

En aquel entonces, yo no entendía.

Al final, el perrito se enfermó de algo grave, no recuerdo de qué, y el mismo Profesor Douglas hubo de sacrificarlo. No vimos que él llorara.

Igual, después, hubo veces en que él salía a dar la vuelta de manzana, solo: si se topaba con Isabel sabía decirle que desde que el bueno de Duke había partido de este mundo, él no se sentía la misma persona. Él, el Profesor Douglas, decía que se sentía como la cáscara de un limón, de un limón, así dijo, después que fue exprimido.

Me estuve acordando de las palabras del Profesor Douglas durante un tiempo, cuando su casa quedó deshabitada. Me vino a la mente una frase, de un libro que él le había prestado a Isabel. Decía: “¿Somos acaso burbujas de jabón sopladas por un niño?”

Un día ella me lo dijo. Que él nos espiaba a través de la ventana, que ella sabía que él nos espiaba, a la noche, cuando dormíamos, y ella lo dejaba, lo dejaba porque, dijo mi hermana, así era como si él velara nuestro sueño. Ella jamás se hubiera atrevido a decirme que lo que él hacía era una perversión. Ya lo creo. Y sin embargo, yo me pregunté, algo después y para mis adentros: ¿qué es lo que él miraba cuando nos miraba en la noche? Él, el Profesor Douglas, ¿qué?

Miraría, tal vez, el camisoncito de batista blanca con pintas rojas que usa Isabel, lo habría visto subir y bajar

a la altura de su pecho; habría mirado el brazo que deja caer fuera de las cobijas cuando duerme; habría visto esa sonrisa ingenua que ella pone en el sueño, y que, cada vez que la veo así, creo que finge dormir, lo creo verdaderamente.

También, claro, me miraría a mí.

Después, mi hermana y yo pensamos en él un tiempo, en cómo era y en las cosas que él hacía. (Yo no lograba imaginarme al Profesor cruzando los alambres de la cerca para vernos; nunca había oído sus pasos, seguramente él tendría los pies de cera.) En el perrito, en Duke, también pensamos, ¡tenía aquella mancha tan graciosa! Nos preguntábamos, claro está, si en la lejana y lluviosa Seattle los Ferguson se acordaban de vez en cuando del Profesor Douglas como acá nos acordábamos nosotras. Después, ni eso.

El Profesor, el perrito, el señor Ferguson sudando al rayo del sol y su mujer flaca con ese aire de reloj de péndulo que le daba el tener la cámara de fotografía todo el día colgada del cuello, y las cosas que fueron, también cayeron en el olvido. El olvido tiene una boca tremenda. Ya ni en el billar piensan en la señora Ferguson. Pasó y desapareció como una sombra.

No sé siquiera si Isabel se acuerda de vez en cuando de aquel cuzquito del Profesor que ella solía sacar a pasear. Al fin y al cabo, pienso, ninguno de nosotros va a quedar para semilla. Y menos todavía, claro, menos todavía los recuerdos.

EL GATO

Para Pablo

No fue suficiente interrumpirle una película con el actor mejicano, ni que ella se levantara y oprimiera el interruptor de la tele, con un clic que sonó casi como un gemido. No fue suficiente tampoco, mirarla con absoluto desdén, culpándola de todas sus tribulaciones, haciéndole sentir que eso que a ella le parecía tan hermoso del contacto de sus cuerpos, eso que ella llamaba “el trueno y el relámpago”, para él no significaba nada, nada excepto la hilacha de cursilería de Matilde. Ni fue suficiente que ella trocara su expresión, paulatinamente, de profundo desgano hasta la expectativa angustiada, alarmada de que a él le hubiese ocurrido algo, algo grave que aún no se leía en las marcas de su piel, pero sí en el gesto: un dolor que él ya no soportaba. Ella alzó su voz, que no era un hilo y atravesaba la densidad de cada objeto del living y vibraba en el actor mejicano ahora invisible en la pantalla. “Bueno, ¿qué pasa?”, preguntó. Y él la miró asustado, tal cual ella fuera el hombre de la bolsa y amenazara con meterlo en la áspera arpillera y tirarlo al abismo rocoso de alguna cumbre que ninguno de los dos conocía. “El gato no está”, respondió él. La cara de ella se llenó de ira, y no era necesario contenerla porque se evaporaba sola, sin palabras ante la terrible angustia que parecía oprimirlo. Matilde pensó: “¿Y qué? ¿Y qué con

que haya desaparecido el gato? Era un gato roñoso: sólo servía para juntar pulgas”; pero únicamente pronunció: “Estará por ahí. Ya va a volver”. Mas él no se tranquilizó. Se quedó como una estaca en el medio del living, con la vista clavada en los cacharritos que trajeron de Bolivia, hasta un punto en que Matilde creyó que los iba a volar por el aire, en pedazos, con el solo poder de su mirada. “No. No va a volver. Y vos debés saber dónde está”, entonces Matilde se quedó petrificada. Amagó defenderse: “¡Yo! ¿Yo?”, y como él no se molestó en acusarla ni en ofrecerle explicaciones, ella se quedó callada, definitivamente, bajo la mirada severa de él, y el funesto augurio de que se le volarían entonces los sesos por todo ese odio que él tenía en los ojos. Entonces se le ocurrió precipitarse sobre él y gritarle la verdad: “¿El gato? Claro que sé dónde está. ¡Se fue y no va a volver! No. Porque te tenía un miedo espantoso. Por eso se fue”, sin embargo, desistió; nunca le dio resultado gritarle la verdad, porque él no la oía y rompía lo que tenía en la mira –en este caso la cabeza de ella– y después no le dirigía la palabra, y no valía la pena pelear por cuestiones tan nimias, como el gato. Así que se decidió y con un poco de buena voluntad, fue a la pieza y revolvió los cortinados –porque a veces el gato de metía ahí–, debajo de la cama, detrás de la puerta, siempre con él sobre sus pasos, desconfiando, como si ella hubiera escondido al gato en algún lugar de la casa y ahora estuviera disimulando. Porque no fue suficiente que ella sintiera “eso” como el caño de una pistola helada apuntándole los riñones, aunque no había pistola alguna,

tan solo el odio que le ceñía la cintura y la penetraba como un filo. Matilde probó en la cocina: las alacenas, bajo la heladera; en un mal movimiento se cayó la frutera azul, el vidrio cortó los duraznos priscos y se hizo una pulpa sanguinolenta que la dejó pensando. Él miraba y dudaba, y esto no le era suficiente, deseaba castigarla; el año pasado ella arruinó la radio nueva al olvidarla en el patio un día de lluvia, y otra vez volcó el café con leche sobre su único pantalón de pana –cuando lo vio el tintorero desesperó por llevarlo a su color original con todas las artimañas de sus anilinas y extractos naturales; desesperó el tintorero, desesperó él, pero Matilde permaneció serena, con un “gran peso en el corazón”, aunque, ¿quién conocía su corazón?, ¿quién podía asegurar que allí se estacionaba el gran peso de la amargura por el pantalón de pana manchado?-. Él le iba indicando “ahí, ahí”, y ella se dirigía a ese lugar como una flecha, torciéndose y cimbreándose ante las directivas de él igual que un junco, de esos que había en los márgenes del Nilo, en la época de Moisés. Al fin, ella, con la infinita paciencia de su amor, sugirió: “En el tejado a lo mejor lo vemos” y él asintió. Ella trepó por la escalera, y era extraño comprobar que esas manos acostumbradas a pelar papas, rallar zanahorias, pelar zapallitos y machacar carne, podían asirse con tanta fuerza al alero, a las tejas, a la antena de televisión. Ella se puso una mano a modo de visera y trató de espiar los techos vecinos. En las otras terrazas flameaba la ropa recién tendida: eso él lo podía observar. El pelo de ella –con su tinta “solferino”– recogido en la nuca, le daba apariencia

de nido acogedor, de esos nidos de los dibujos de Walt Disney. “El gato no se ve”, dijo Matilde.

“Andá más para la cornisa, mamá”, ordenó él.

Y Matilde pensó: “¿Por qué? ¿Por qué no vas vos? ¿Qué me importa a mí del gato y de tu tristeza por ese gato mugroso?”, no obstante se acercó más a la cornisa, el sacrificio de su amor estaba consumado –y ese gato horrible que no aparecía– pero tampoco fue suficiente. Sobre el borde del tejado Matilde era una veleta, más que una veleta, un pájaro, con su cabello ahora desanudado y su ropa al viento, más ligera que cualquier prenda que uno viera flamear en las sogas del vecindario.

Él estuvo por decir –tal vez lo pronunció en voz baja– “Bajate, mamá”, pero ella únicamente oyó, “El gato está muerto”. Matilde se volvió, trastabilló, se aferró a una teja –la única que el albañil colocó como es debido– y empezó a reincorporarse, esta vez segura, segurísima de que él lo había matado, de que su hijo había matado al gato, porque para él, nada era suficiente.

COMPAÑÍA

Recuerdo especialmente a mi tía Rosa y a mi tía Ruth. Eran las hermanas de mi padre. Lo habían criado en el caserón de los abuelos, lugar que mi padre solía evocar algunas veces, en la sobremesa de los domingos, y animado por un vaso de oporto. Él recordaba, sobre todo, el álamo en el centro del jardín, un álamo blanco. Siempre que hablaba de cuando era chico, él, mi padre, decía que había sido feliz, completa, completamente feliz. Mi tía Rosa se casó y enviudó, y mi tía Ruth permaneció soltera hasta el fin de sus días. De ahí que mi tía Rosa cuando se quedó sola le ofreció a Ruth que se mudara con ella, ¿qué iban a hacer solas, las dos, cada una en su casa, tejiendo y murmurando los puntos de sus tejidos, lentamente, levemente, como quien reza por los muertos familiares? Mi tía Ruth accedió. Había existido el amor, y el amor había pasado, ahora existía la compañía. Mi tía Ruth se mudó a la casa de Rosa un otoño, recuerdo especialmente el polvillo de los plátanos en el aire, y a mi hermano Julio enojado, peleando a grito pelado con el tipo de las mudanzas para que tuviera cuidado con la loza, con la vajilla de porcelana, con los encajes, con los álbumes de familia, con la tetera china, con las cosas, en fin, que poseía la tía Ruth. La recuerdo muy especialmente.

Mi tía Ruth era inconfundible. Cuando era chica se cayó de una escalera y se rompió un hombro. Nunca le pudieron arreglar bien el hombro, y le quedó deformado. Puntudo, encogido, hacía parecer que ella siempre estaba pidiendo disculpas. Los días de lluvia se echaba encima un piloto azul, de hombre, y usaba unos zapatones como domingueros, brillantes, que le quedaban un poco grandes. En total, mi tía Ruth no pasaba del metro cincuenta. Sería porque había pasado mucho tiempo sola y había estado reconcentrada en sí misma todo ese tiempo, que usaba una muletilla cuando hablaba, siempre salía la frasecita a colación en las conversaciones largas, mientras jugábamos al dominó o a las cartas. Ella sabía decir: Yo soy como soy y ustedes son como son, ¿es o no es? Y es raro, pero nunca le discutimos su muletilla, nunca le preguntamos qué quería decir en verdad, qué nos hacía a nosotros diferentes de ella... Todo el día estaba haciendo cosas, iba de un lado para el otro, plantaba y cuidaba las flores del jardín minúsculo de casa de tía Rosa, o copiaba moldes de ropa de las revistas que después regalaba a las vecinas, para que se cosieran una solera o un mameluco para el marido. Todavía me parece verla, inclinada ante la mesa redonda del comedor, con un centímetro enrollado al cuello en el estilo en que una diva se enrolla una boa de plumas, con sus anteojos de lectura caídos sobre su nariz, atenta al trazado de la tiza sobre el papel manteca. Mi hermano y yo adorábamos a tía Ruth. También mi tía Rosa era muy agradable. Era la cocinera de la familia: tartas de todas clases, guisos; tenía incluso, cierta facilidad

para aprender recetas de comidas típicas de otros países: *goulash*, por ejemplo, ñoquis alemanes, o empanaditas árabes con comino, canela y tomillo. Recuerdo, claro que sí, ¡si es como si lo tuviera aún en la punta de la lengua!, recuerdo muy especialmente el sabor entre picante y dulce del comino, su regusto de madera de árbol.

Era, además, mi tía Rosa una gran entendida de música: poseía una colección de más de cien discos, todos de pianistas. Cuando íbamos a su casa nos hacía sentar sobre una alfombra gruesa que un poco olía a orín de perro, y nos decía: Estos son los grandes pianistas. Todavía recuerdo, por ejemplo, una melodía de Liszt que duraba veintiún minutos con cuarenta y cinco segundos. Esa era la cifra exacta. Si me concentro, a veces, en la noche, retumba en mis oídos aquella melodía: *Primer año de peregrinaje, Suiza*, o algo por el estilo, algo que había compuesto Liszt. A mí sólo me preocupaba el pastel de manzana mientras sonaban estas cosas en casa de tía Rosa; yo le llamaba tarta, pero ella explicaba que, si tiene tapa es pastel, si está descubierto es tarta. Me parecía, en aquel tiempo, que yo no escuchaba la música, que yo sólo estaba atenta al pastel –su sabor, su olor, la forma en que se volvía crocante cuando estaba adentro de la boca–, y hoy, hoy recuerdo muy especialmente los discos de la tía Rosa. Después, con el tiempo, cuando salieron los *compacts* todo se le volvió confuso: no entendía bien el mecanismo, se conformaba con oír los discos, las grabaciones cada más nebulosas en los discos de vinilo, cada vez más sutiles, los pianos que sonaban como viniendo de habitaciones, de

galerías lejanas, los sonidos que se deshacían: el tiempo había vuelto a la música leve como la carne de un niño...

Recuerdo muy especialmente a mi tía Rosa y a mi tía Ruth, cuando fueron envejeciendo.

Fue más o menos en el otoño del '90, cuando Luis y yo fuimos al supermercado que está al fondo de la avenida. Le pedí que me acompañara. Había que hacer la compra del mes y como la nena cumplía años había que comprar los saladitos que se comen en las fiestas. Íbamos en el auto; manejaba yo, porque él estaba cansado, nunca sé por qué tiene que estar tan cansado justo los sábados a la tarde cuando hacemos la compra del mes. A la altura de Iriondo, me paró el rojo del semáforo. No había nadie en las veredas; era un día de frío, aleteaba entre nosotros el viento de mayo. Un chico pasó muy rápido haciendo picar su pelota, ram, ram, hacía la pelota, y dobló en la esquina de Iriondo. Ram, ram, todavía me parece oírla picando en el cemento de la vereda. Había dado el verde, y arranqué. Y entonces con el rabillo del ojo la vi: ella estaba caminando por ahí, ella, mi tía Ruth. Ni siquiera me vio, no se detuvo, y dobló en la siguiente esquina. Luego desapareció. Le dije a Luis:

–Vi a la tía Ruth.

Luis me preguntó:

–¿Estás segura?

Claro: ahí estaba la tía Ruth –le dije.

Él se quedó callado.

–Pero, Edda, –dijo él– tu tía Ruth murió hace dos años...

–Luis –le dije– yo te juro...

Claro: lo recordé en ese momento. Igual doblé por Crespo, a ver si alcanzaba a mi tía Ruth. Me fijé atentamente, casa por casa y puerta por puerta; aceché cada sombra, y Luis se fijó conmigo. Pero no la vimos. Ya no vimos a la tía.

Estacioné en Crespo y Cochabamba, y me quedé pensativa. ¿Qué había sido? ¿Ella? En esa esquina había un plátano que destilaba tenuemente su polvillo amarillo.

Luis dijo:

–Quedate si querés, yo voy hasta el mercado y vuelvo...

–Yo le dije que bueno, que lo alcanzaba enseguida, que comprara mientras tanto lo que estaba anotado en la lista, y me quedé adentro del auto, con el volante en las manos, haciéndome preguntas. Miraba para los costados, y suplicaba, Tía Ruth, si eras vos, por favor, aparecé de nuevo, hablame, ey, hablame como antes, hablame, me siento triste, triste, tía, por favor..., pero ella no apareció, no. Había cosas que yo hubiera querido decirle, uno, uno vive como si fuéramos eternos, y nunca se alcanza, no, nunca se alcanza a decir todas las cosas... Me quedé un buen rato así, no sé cuánto tiempo, se me borró la noción...

No hay nada que yo odie tanto como la nada; la nada me levanta en la noche de la cama, y doy vueltas y vueltas entre las cobijas, y más vueltas daré a partir de ahora, con preguntas que ni siquiera tienen forma, y la nada, la nada, siempre estará la nada y una melodía que dura veintiún minutos con cuarenta y un segundos exactamente. ¿Qué anda mal conmigo? Ey, hablame, ey, ey, hablame, supliqué, pero nada, ningún sonido que yo pudiera escuchar. ¿Qué

es lo que pasa? Ey. ¿Qué es lo que anda mal? No me estoy sintiendo bien últimamente, tía. Quiero un poco de compañía, compañía, eso es todo, ¿es mucho pedir acaso?: tengo nostalgia de la época en que me sentía tan acompañada. Debe hacer demasiado tiempo que tengo un mal día, ya. No hay nada que yo odie tanto como la nada.

Recuerdo especialmente a mi tía Rosa y a mi tía Ruth. Eran las hermanas de mi padre y vivían a dos casas de la mía... Mi tía Ruth era inconfundible: se había caído de una escalera cuando chica y le había quedado el hombro deforme. A mi tía Rosa le gustaba escuchar música: escuchaba a los pianistas, decía ella. Cuando íbamos a su casa nos tirábamos sobre la alfombra que siempre olía un poco al paso de Dino, el perro salchicha que ellas tenían para compañía, y oíamos discos durante horas. A veces yo me revolcaba con el perro por la alfombra: era mi idea de la diversión. Mi tía Ruth me miraba hacer y decía: ¿Cómo podés hacer eso? Una chica de tu edad. Después meneaba la cabeza, resignada y comentaba: Bueno, al fin y al cabo la religión está en la sonrisa de un perro. Así decía: que la religión es la sonrisa de un perro. Pero otras veces, sin embargo, cuando me veía con Dino, preguntaba: ¿No querés otro poquito de compañía? Y se sentaba también ella en la alfombra y jugaba con el perro y conmigo y me hacía cosquillas. Cosquillas. Recuerdo sus dedos al hacerme cosquillas bajo las axilas. La clave era: ¿Querés un poquito de compañía?, y ya se tiraba ella en la alfombra. Por lo general, mi hermano Julio

y yo nos aburríamos con la música de los pianistas y comíamos galletitas y dulces que cocinaban las tías: creo que fue así como nos volvimos personas obesas. Algunas veces, cuando mis tías estaban de humor, recordaban el álamo blanco que tenían en el caserón de los abuelos. Las recuerdo muy especialmente cuando hablaban del álamo blanco. Mi tía Ruth decía:

–¿Estará bien el álamo con la gente que tiene ahora la casa?

Hablaba del álamo como de una persona viva.

Y mi tía Rosa, que era la más melancólica, y se había puesto un poco sorda con la edad, le preguntaba:

–¿Quién?

–¡El álamo! –decía la tía Ruth a los gritos–. Yo todavía, en los sueños, me trepo al álamo, me caigo y me rompo el otro hombro. Al final, –decía ella, y se reía– los hombros me quedaban parejitos.

Recuerdo muy especialmente aquellas palabras de la tía Ruth.

Luis volvió, había comprado todo mal, todo caro y la mitad de lo que estaba anotado: nunca voy a saber por qué él es así. Pusimos las bolsas en el baúl del auto, y me prometí, apenas llegar a casa telefonar a mi hermano Julio. Todavía no lo he hecho, es cierto. Supongo que es porque no he podido.

LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE

Marc Davis es amigo del padre de T. T. es un vecino; el señor Marc Davis es el dibujante de figuras humanas en los Estudios Disney. T. me cuenta que buscan una muchacha para que haga *La Bella Durmiente del Bosque*. Tiene que bailar para que ellos puedan copiar sus movimientos, pasarlos al papel. Tal vez también requieran que le haga la voz al personaje. Le cuento a mi madre, que me dice que no me haga ilusiones; le cuento a mi padre, que refuerza la idea de que hacerme ilusiones es una estupidez: lo más probable es que se trate de unos degenerados que me quieren ver en cueros. Los dos concuerdan en que T. es un pelotudo y tarde o temprano, lamentablemente más temprano que tarde, subraya mi madre, acabaré por darme cuenta. Mi padre no da ni dos centavos de dólar por T. ni las amistades que pueda tener T. con los Estudios Disney. Mi padre quiere que cuando sea mayor yo esté con él en el negocio de grifería; que le lleve los libros contables. Yo me sentía bastante segura para bailar en el estudio de los dibujantes: había tomado un curso de ballet el año anterior, aunque después lo tuve que abandonar porque tengo el arco del pie vencido. El día de la audición me levanto bien temprano y voy a los Estudios. No hay ninguna otra muchacha haciendo cola para dar una audición, por lo cual pienso que o la

información de T. es ultra secreta y de máxima confidencialidad o que, como dicen mis padres, me van a usar en una película pornográfica. La secretaria del señor Marc Davis me hace poner un disfraz, un corpiño de cuero muy ajustado y vestido de campesina. Yo tenía entendido que la Bella Durmiente es una princesa, le digo. Ella entonces me explica que sí, pero a mí me toca hacer la parte en que yo bailo en el bosque, cuando la princesa tiene una falsa identidad y vive con las hadas bajo otro nombre. Parece que a la princesa la hacen pasar por campesina, yo eso no lo entiendo muy bien; en ese momento no sé si lo sacaron del cuento original o del ballet de Tchaicovsky, en el que se inspira la película o si se le ocurrió a Walt Disney en una noche de insomnio (Walt Disney padecía de insomnio). Después entra el señor Marc Davis y se sienta frente a su caballete de dibujo. Me dice que debo bailar al ritmo de la música y que él dibujará los movimientos. Es como ser la modelo de un pintor, explicó, pero mucho mejor porque acá me podía mover. Pusieron ese vals tan bonito y que todo el mundo recordará por siempre: Eres tú el príncipe azul/ que yo soñé...; bailé exactamente durante cuatro horas con diez minutos. Cuando volví, me dolían los pies y los tenía tan hinchados que mi madre dijo que quedaría inválida con toda probabilidad. Pero a mí no me importaba; me pagaron cinco dólares que yo veo como una fortuna y me sentía contenta. Desde que tengo uso de razón, sueño con ser actriz o con ser alguien que se destaca de entre las demás personas por sus nobles

acciones: un médico que viaja al África a salvar a los niños o un científico eminente como Marie Curie, por ejemplo. Claro que ninguna de estas dos vocaciones es posible con padres como los míos. Por estos días, mi padre me insiste en que tome el curso de mecanografía y lo apruebe. Es importante ser mecanógrafa; de verdad es un conocimiento que dura toda la vida, dice él: no se puede estar tipeando con un solo dedo como una infeliz. Yo sueño con salir en cámaras, sueño con ir por la calle y que los jóvenes y los viejos me señalen y digan: Miren, aquella es la Bella Durmiente. Por supuesto que yo sabía que sólo posaría para los dibujantes, para el señor Marc Davis y con un poco de suerte a lo mejor conseguía que me permitieran hacer la voz de la princesa Aurora. De todos modos, los espectadores de la película verán en el cine a mi cuerpo y mi rostro, en el cuerpo y en el rostro de la princesa Aurora. Ya eso me tiene bastante complacida, hasta que la tipa que es asistente de Eyvind, el que pinta los fondos, me dice que Marc Davis en realidad aplicó los rasgos de Audrey Hepburn para el rostro de la Bella Durmiente. O sea, que los rasgos faciales de la Hepburn inspiraron al señor Marc Davis para hacer la cara de la Bella. Le digo a la tipa ésta que es una cucaracha, le grito palabras fuertes y me enojo. Ella no se ofende porque o las palabras no eran tan fuertes como yo pensaba o la tipa está bien acostumbrada a oír las y ya no le mueven un pelo. Con razón, me defiende diciéndole que la señora Hepburn nunca pisó el Estudio para posar ante los dibujantes. La tipa repite que si no le creo, me fije en el

primer cajón del escritorio del señor Davis y allí encontraré bastantes fotografías de la actriz, como para salir de duda acerca de si la utiliza o no como modelo para el rostro de la princesa. Refuerzo el grito de que es una cucaracha, porque sólo las cucarachas husmean en los papeles ajenos. La tipa se encoge de hombros y para ella ahí se termina la historia. Yo me siento traicionada hasta la médula, pero después me repongo: estoy casi segura de que el monigote ese del señor Davis, en quien yo creo como en Jesucristo, me pondrá para actriz en el doblaje de la Bella. Desde que se me ocurre la idea de ser su voz hasta el final, aliento la ilusión y trago cucharadas, tarros enteros de miel. Mi padre me mira hacer y se mofa: dice que tengo la voz cascada de su suegra búlgara, mi abuela. Nunca podré darle el toque virginal y cálido de una princesa, agrega, por más que yo tenga dieciséis años recién cumplidos. Aparte nosotros venimos de abajo, no tenemos nada que ver con príncipes ni reyes. Los abuelos tenían una tierrita en Canadá, pero el frío los corrió y fueron bajando hasta establecerse en Los Ángeles. Es un buen lugar Los Ángeles; nos gusta vivir acá. Como sea, yo voy haciendo amistad con el señor Marc Davis y él me toma cariño. Tengo ampollas en los pies, y un día me tuerzo un tobillo a fuerza de tropezarme con un taburete. Me pongo una pomada sobre el tobillo hinchado durante diez días, quince días y al final el tobillo se desinflama. Me queda una leve renguera. A la Bella Durmiente en su rol de campesina, las hadas la llaman con el nombre de Rosa Silvestre. Es el apodo que se le ocurrió al señor

Davis en honor a mí, un regalo que me hizo, por Rose, mi nombre. Rose Stanley. Me siento feliz, soy feliz y mis sueños están a punto de hacerse realidad. Lloro lágrimas de felicidad y mi madre dice que estoy loca y amenaza con que si bajan mis calificaciones cortará de plano todo el asunto con los Estudios Disney y me llevará a un psiquiatra para que me trate de por vida. Me aplico todas las noches a estudiar las materias de la escuela, especialmente matemáticas. Los números me cuestan, no tengo facilidad para las matemáticas. Hay una canción en *La Cenicienta* que se titula *Un sueño es un deseo que fabrica tu corazón*; la canto a cada rato. Canto todo el tiempo, esa canción y otras; canto en la ducha, en el almuerzo y la cena, canto en el autobús que me lleva a la escuela. Tarareo los ballets de Tchaikovsky; escucho el disco de Cascanueces y me castigo con dos días sin postre por dormirme mientras lo oigo. Mis padres están hartos de mí y de la música, pero al señor Marc Davis le gustan mis canciones. Dice que soy como una alondra. Yo no tengo ni idea de qué es una alondra y cuando llego a casa lo busco en el diccionario: es un pájaro, un ave paseriforme, de la familia de los aláudidos. Le pregunto si podrán contratarme para hacer la voz de la Bella Durmiente y él me dice que tenga paciencia. Ya le dijo a su jefe, a Walt Disney en persona, que yo podría ser la voz de la Bella Durmiente. ¡Oh, mi Dios, tanta felicidad no me cabe en el cuerpo! Esa noche sueño con Marc Davis, un sueño confuso, de amor tal vez, con besos y caricias. A la mañana siguiente me pregunto si estoy

enamorada de él. Cuando lo veo en el Estudio, me desaliento: es mucho más viejo que yo, es pelado y tiene los labios finos, color borgoña. Cuando toma café, después de la segunda taza, su mal aliento es tal que debo hablarle guardando cierta distancia. Siempre tiene las palmas de las manos húmedas y debe secarse a cada momento para no manchar el papel de dibujo con su transpiración. Nuestros hijos serían feos: no puedo casarme con él. Esa misma tarde, después del mediodía aparece en los Estudios un idiota, que a todas luces es amigo de T. y dice conocerme. Le ponen un gorrito puntudo y una capa muy larga para convertirlo en el príncipe Felipe. La atención del señor Marc Davis se concentra en el príncipe Felipe al que debe dibujar luchando con el dragón en que se ha transformado Maléfica. El tarado se luce moviendo aquí y allá una espadita ridícula; después cuenta que está tomando clases de esgrima con un profesor francés. ¿Imaginaste que estamos haciendo Los tres mosqueteros o algo por el estilo?, le pregunto. Mi madre cree en los horóscopos y las casualidades y me sugiere que a lo mejor el imbécil este es el amor de mi vida, el príncipe cuasi verdadero, el sueño ideal, como dice el vals de la Bella, que yo, cual toda mujer, estaba esperando. Me persigue por toda la casa, prácticamente me ruega de rodillas para que salga con el príncipe Felipe. No voy a salir con él, grito, por nada del universo. Entonces se mete mi padre y recalca que a lo mejor el idiota hasta tenga un buen porvenir en el mundo del espectáculo, cosa que yo no. Al final, les digo que al príncipe Felipe

le gustan los muchachos. Al principio creen que les estoy mintiendo, pero cuando comprenden que es una revelación verídica, mi padre concluye de una vez y para siempre que todos los artistas de Hollywood son unos degenerados. Desde que Felipe llegó a los Estudios, yo bailo cada vez menos, me dedico a comer *muffins* y a servir café al resto de los dibujantes. (A Marc Davis, en pleno trabajo le diagnostican una úlcera y nada más puede tomar leche fría). Por esos días, empiezan a llegar los actores que harán las voces: aunque alguno de la producción quería a Bette Davis para el rol de Maléfica, Bette Davis no se convierte en Maléfica. O es que pide una fortuna por hacerlo o es que el rol confirma la imagen que tienen los cinéfilos de que es una malvada. Aparece la señora Elinor Audley, que ya hizo la voz de la Madrastra de Cenicienta, en *La Cenicienta*. La señora Elinor es una actriz de las grandes; espera seguir haciendo esta clase de cosas hasta la muerte. Cuando está en la cola del supermercado, dice, o cuando el cadete de la pizzería le lleva la pizza a su casa, enseguida la reconocen y le dicen frases como: Oh, usted es la que hacía tal o cual papel. Qué bien estaba allí. Era una hija de puta de pies a cabeza, una hija de puta completa. La señora Audley está muy orgullosa de sus actuaciones; yo aplaudo sus monerías y ella después me invita a tomar *gin tonics*. Un día de buenas a primeras aparece Mary Costa, cantante lírica. Nadie sabe de dónde salió. Es rubia, robusta, tiene como treinta años pero dice que tiene menos: todos en los Estudios nos damos cuenta de que miente. La ponen a hacer

gorgoritos, escalas, solfeo: alguien dice que tiene la voz de una alondra. Yo claramente puedo decir qué es una alondra, para algo lo busqué hace dos putos meses en el diccionario y hasta arranqué la página que va de alias a ariles que llevo siempre conmigo. La alondra es un ave passeriforme, de la familia de los aláudidos; es una familia muy numerosa. Pero en ese instante prefiero callar mis conocimientos ornitológicos y no lo digo en voz alta a ninguno de los Estudios. En mi casa, mis padres dicen: Te serruchó el piso, te quitó el lugar, es una trepadora, seguro se acuesta con alguno de los productores: estas figuritas suben al mundo del espectáculo impelidas por los resortes del colchón de alguno. Le dan para que cante las canciones de la Bella, ¡mis canciones!, les gusta a todos. Walt Disney entra en éxtasis cuando la oye; el resto de los realizadores está en trance. Si Tchaikovsky pudiera se levantaría de la tumba y vendría a estamparle un beso en la frente, tan bello es el arte de Mary Costa en la canción, dicen. La anuncian a la prensa como la voz oficial de la Bella Durmiente; la promocionan. Yo quedo relegada a un rincón del Estudio junto con los escobillones, los baldes y el detergente. Mis padres dicen que mejor me trague las lágrimas y siga adelante con mi vida porque ellos ya me lo habían advertido; si ahora me ven llorar es sólo por culpa mía. Un buen día pienso si debo reponerme o hundirme; pienso de qué madera están hechos los artistas de verdad y de qué madera están hechos los sueños. Pienso mucho en esto, durante días y días, adelgazo, no duermo, me pongo muy flaca: la ropa

de la Princesa Aurora me queda holgada y el señor Marc Davis lo nota. Él no ha notado cuál es el motivo de mi tristeza, piensa que es una pena de amor que me causó un chico. Le digo que no salgo con chicos; que mi vida es el arte. Le echo en cara que faltara a su palabra y no me presentara al señor Disney para ser la voz de la Bella Durmiente. Me cuenta una historia terrible de Mary Costa, una infancia desgarrada, poblada de miseria y cosas de las que es mejor no hablar. No me conmueve; si cree que mi infancia no ha sido cruel debería él vivir una temporada con mis padres, le digo. Me dice que conserve la calma, que tenga paciencia. La paciencia es de lo que están hechos los inmortales, aclara. No sé a quiénes se refiere con la palabra inmortales, tal vez también deba buscarla en el diccionario. Agrega que está haciéndole una propuesta seria al señor Disney: *Piel de Asno*. El señor Marc Davis sugiere que la próxima película que los Estudios lancen sea *Piel de Asno*, otro cuento de hadas. La Bella Durmiente será todo un éxito, dice él, como lo fueron *La Cenicienta* y *Blancanieves* y los siete enanitos. En *Piel de Asno*, yo puedo hacer el papel principal, puedo ser la voz de *Piel de Asno*. Me recomienda que lea el cuento original, que lo busque en la biblioteca. Es de Perrault o de Andersen. A lo mejor sea de los Hermanos Grimm, justo en ese preciso instante él no se acordaba. Me seco las lágrimas con su pañuelo y me voy. Pasa el estreno de La Bella Durmiente y es un éxito. Mi nombre no figura ni siquiera en los créditos y mucho menos en los agradecimientos. En el estreno están

presentes los actores, los realizadores, los dibujantes y los productores. En un trono de oro puro está sentado Walt Disney. El señor Marc Davis me ve momentos antes de entrar al baño de caballeros y me dice que espere por *Piel de Asno*, que el plan está en marcha, él lo ha puesto a funcionar: hasta está haciendo los bocetos. ¿En los Estudios tienen tu número de teléfono?, pregunta. Te voy a llamar, dice, después se mete en el baño con apuro. Como sea, *Piel de Asno* no resulta. La siguiente película de los Estudios Disney es *La espada en la piedra*, sobre el Rey Arturo. De los estudios me llaman y me preguntan si puedo ir y ponerme a hacer de venado. Les pregunto si debo ponerme un traje de venado, un disfraz. Estamos en verano y la refrigeración en los Estudios no es muy buena. Me contestan que basta con que camine en cuatro patas por el set para que los dibujantes se hagan una idea de cómo caminaría un venado. Trabajaron así en *Bambi*, explica la persona que me contacta. Digo que voy a pensarlo; en eso aparece Rick y me caso con él. No usa capa ni sombrerito tirolés con una pluma, ni toma clases de esgrima: de príncipe azul no tiene nada: es un gran conocedor de la cerveza Budweiser y una vez estableció un record mundial tomándose treinta y una sin respirar. Yo estuve presente en esa competencia: era la que abría los precintos. Fuera de eso, un buen hombre, se hace cargo del negocio de los grifos y hace un poco de plomería a domicilio. Hace poco estábamos mirando la televisión y veo en un documental a Mary Costa, la ladrona de puestos. Tiene como ochenta años, pero parece más joven

por los *refreshing* y sabrá Dios cuántas operaciones de cirugía estética se habrá hecho. Todo con lo que ganó a costa de La bella Durmiente. Lo llamo a Rick a los gritos para que venga a ver, pero no me oye porque está probando una nueva válvula en la piletta de la cocina; cuando trabaja con agua se desconecta el audífono y es sordo como una tapia. Mary Costa declara en la televisión: “No tenía idea de que La Bella Durmiente sería el filme que me mantendría en contacto con la juventud. Cuando hablo con los jóvenes, les digo que no se olviden de sus sueños, que se esfuercen. Yo tuve mucha suerte y fui muy afortunada; fue como *Una vez en un sueño*, tal cual la canción, y amo cada minuto del mismo”. Vieja zorra, le digo a la pantalla, pero ella no escucha, no oye. Después cambio el canal y aparece Rick con una cerveza y la noticia de que la válvula anti pérdida para grifos de lavabo es todo un éxito. Brindamos por el éxito de ventas de la válvula.

EUCALIPTOS MUERTOS Y QUEMADOS POR EL RAYO

Él me llamaba para decirme que me quería. Yo ya sabía que me quería, venía sabiéndolo, pero no me atrevía a contestarle. No le contestaba, me quedaba estática, con el tubo en la mano, sin poder articular palabra, y eso que yo sabía que él me quería. Me había mandado *La muerte en Venecia* en una edición lujosa, con tapas de cuero, filigranas y papel biblia. Solamente alguien que me quisiera podría enviarme un libro así, un libro que yo amaba desde la primera vez que lo leí, en una ruinoso biblioteca, y que había venido leyendo más o menos una vez por año, porque tenía la propiedad especial, ese libro, de tranquilizarme. Únicamente podría habérmelo mandado alguien que me quisiera, y yo no dudo que él me quería bien. Siempre estaba enviándome libros, y una vez hasta me regaló un par de aros de coral, que me fascinaron, yo nunca jamás antes había visto el coral. Eran colorados, y él me explicó, me lo explicó a los días que llegó el paquete, que el coral rojo significa pasión, y pasión era lo que él sentía por mí. Claro que de todos los regalos, yo prefería los libros, y él lo sabía. Él sabía prácticamente todo de mí, era lo que yo sentía cada vez que levantaba el teléfono y estaba su voz pálida, anhelándome. Me había mandado *La muerte en Venecia*, y también libros de Tolstoi y Flaubert, y de Quevedo. De Quevedo me envió

La hora de todos o la Fortuna con seso, y yo me divertí, me divertí tanto leyéndolo, que fue la única vez que casi me animo a decirle algo. A decirle que él, el hombre que me hablaba por teléfono desde muy lejos, era mi única conexión, mi puente con el mundo. Que yo lo necesitaba con desesperación, tanto como él decía necesitarme a mí. Sin embargo, por la noche, cuando él llamó, yo permanecí en silencio, mordiéndome los labios. Yo, que me moría de ganas de agradecerle el envío de libros, tantos libros, que aquí no había forma de conseguir, no llegaban a la isla. Había habido libros en alemán, al principio. Después fueron quemados. Mi padre alzó una fogata de libros, de los libros escritos en una complicada letra gótica, en idioma alemán. Los quemó como se quemaron todas las cosas que tuvieran que ver, que habían tenido que ver con Alemania. Ni siquiera la lengua aprendimos. Ni mis hermanos ni yo. Ninguno. Excepto Fausto. Sabíamos, por ejemplo, la palabra araña. *Spinner*. La conocíamos porque hacía referencia a una asociación, la Asociación de la Araña, *Die Spinner*. Mi padre solía hablar con mucho respeto de La Araña, aunque jamás decía La Araña, pronunciaba *Die Spinner* con su acento bávaro, un acento, una voz, que nacía de sus fosas nasales, y salía de allí, el aire salía de las fosas nasales de mi padre impetuoso, salía como si hubiera pertenecido a un dragón el terrible acento bávaro. *Die Spinner* era, había sido la única palabra en alemán que pronunciaba mi padre. Recién cuando se puso viejo, la senilidad lo confundía de vez en cuando, y al hablar de mi madre, del recuerdo

imborrable que había dejado mi madre en su vida, se confundía y la llamaba Vera, y no Martina. Vera Huss, que fue su nombre hasta la fuga de Alemania, allá por el cincuenta, y cambió su nombre por el de Martina, más autóctono creía ella. La única Martina tan gorda y blanca y rubia que ha existido y existirá en la isla. Aparte de mí, claro. Que soy un poco como ella, según mi padre. No sé cómo puedo parecerme a ella, a mi madre, cuando ella, mi madre, la señorita Vera Huss tocaba el piano del día a la noche, era concertista, en Berlín, para la gente culta. Después se arruinó las manos, los dedos, esas manos tan especiales que dicen que poseen los pianistas; largas y finas. Debíamos lavar la ropa en el río, contra unas piedras, por eso se arruinó las manos. En aquel tiempo, yo preguntaba, siempre he estado preguntando lo mismo, mi vida toda no es sino el eco constante de una sola pregunta: ¿Por qué dejamos Alemania? ¿Por qué dejaron Alemania? Al principio no me contestaban. Mi madre se encogía de hombros o miraba a lo lejos, a la otra orilla del río, a la ciudad. Miraba el río con sus ojos celestísimos, transparentes, ojos iguales a los que tenemos todos, nosotros, mis hermanos y yo. Excepto Fausto. Todos mis hermanos menos Fausto, que era el Oscuro. De todos nosotros, Fausto no era como nosotros, era el Oscuro, él fue el que intentó explicarme, que si nos hubiéramos quedado, si ellos, mi padre y mi madre se hubieran quedado tan parsimoniosamente en Alemania, a mi padre lo hubieran ahorcado. Me pregunté, me preguntaba tantas veces cuando el hombre que decía

quererme me llamaba, me pregunté si él sabría, si él conocería la historia, si él conocía el hecho de que mi padre hubiera sido ajusticiado en Alemania, si se quedaba. Él, el hombre que me llamaba, sabía todo de mí. Sin embargo, yo temía, yo tenía el temor, un temor que no me dejaba respirar, que anidaba en mi pecho como un pájaro flaco, de voz aflautada, un pájaro largo y fino con las manos de los pianistas que, según dice, son tan especiales, como las habría tenido mi madre, allá en Berlín, cuando se llamaba Vera Huss y tocaba el piano. O no. El temor era una araña, *Die Spinner*, tejiendo su tela en los bordes de mi respiración, en los bronquios. Me decía, el temor me decía, me dictaba, que tal vez el hombre que proclamaba quererme llamándome desde muy lejos, no venía, no era sino un enviado que venía a sacar a mi padre de su sillón de mimbre. A pesar de sus años, de los años que pasaron desde que llegó de Alemania, además del pasaporte argentino que le entregó en la mano un funcionario enjuto que decía que los papeles venían autorizados desde arriba, lo decía un funcionario falto de gordura y con su dentadura nívea, que le entregó a mi padre el pasaporte, el documento argentino donde él empezó a llamarse distinto, Eugenio se llamó, Eugenio Sterba. Pobre mi padre que casi no podía pronunciar su propio nombre, su terrible acento bávaro le impedía decir Eugenio, su acento, su origen, quemaba la ge de Eugenio, la aspiraba. Sospechaba, yo sospechaba entonces del hombre que me llamaba, suponía que luego de todos estos años, vendría a levantar a mi padre de su sillón de

mimbre, después del largo silencio de los años, vendría este hombre que decía que me amaba, pero quizá no me amara en absoluto, vendría con la canina ambición de levantarlo del sillón de mimbre donde estaba sentado murmurando palabras huecas, sin fondo, palabras en un castellano relamido, mal traducido, diría yo. Para llevárselo a la justicia, a lo que el hombre que me llamaba podría creer que era la justicia: un tribunal, una pantomima, y la horca. Y, ¿quién podría? ¿Quién podría juzgar lo que vive fuera del entendimiento? La horca sí, la horca entendería. Forrabán las sogas con suave piel de becerro, me lo ha dicho Fausto, para que no dañaran el cuello de los ajusticiados. La fábrica era de un tal John Edgington, en Inglaterra, mandó cuarenta cuerdas de cáñamo italiano para las tres horcas que se levantaron en Nuremberg. A lo mejor el hombre que me llamaba, que me quería, buscaba a mi padre. Lo pensaba, porque cuando el teléfono era atendido por uno de mis hermanos, por cualquiera de mis hermanos excepto Fausto que es el Oscuro, el hombre decía, ordenaba: Noth, pásame con la chica. Era el único que sabía, que conocía el nombre Noth, el antiguo apellido, aquel con el que mi padre se había paseado por las filas de sus soldados. Noth, pásame con la chica, decía, ordenaba el hombre que me llamaba, y el pájaro, el cuervo que anidaba en mi pecho, o la araña, *die spinner*, de pronto se debatían dentro mío, provocaban espasmos en mis bronquios y mi respiración silbaba. Silbaba, y apenas si yo podía responder con un sibilante ¿*Si*? A Fausto, que era el Oscuro de nosotros, el hombre que me llamaba no

le decía ni una palabra. Aunque, Fausto sabía que era él, el hombre que había enviado los libros y el coral, que llamaba Noth a mis otros hermanos, y a él, a Fausto no, porque Fausto era el Oscuro. Mi padre lo había hecho así, mi padre confiaba en él, confió en él desde siempre, debido a su oscuridad. Era Fausto el que iba y venía de la isla a la ciudad, el que vendía la miel, el que traía hebillas de nácar para el pelo de mi madre, y el broncoespasmódico para mí. Fausto el Oscuro, el hijo de mi padre, más hijo de mi padre que todos nosotros, que nos quedábamos acá, en la isla, entre los eucaliptos muertos y quemados por el rayo, nos quedábamos viendo al dichoso Fausto ir y venir de la ciudad, gracias a la fortuita oscuridad de su tez y su pelo enrulado, su pelo de cordero; y nosotros, los Noth, sintiéndonos más Noth que nunca, más Noth que él, por lo menos, apiñados en la isla como enfermizas y temblorosas ratas blancas. Páseme con la chica, Noth, eran las palabras que el desconocido repetía cuando cualquier otro de mis hermanos, excepto Fausto, atendía el teléfono. Mi padre no atendía, mi padre ya no andaba, no se levantaba de su sillón de mimbre. Musitaba cosas, palabras para sus adentros, o murmuraba el día entero, de suerte que a fuerza de pasar a su lado y escucharlo, al final de la jornada, se tenía la impresión de que él emitía un zumbido. Que se había convertido, un poco, en esas abejas que con tanto ahínco había cultivado, alimentándolas con flores que él plantaba para las abejas, peonías, dalias, siemprevivas, y hasta un arriate de rosas de té que duraron muy poco. Que tapó la inundación. Trataba a las abejas

como a pequeños comensales exquisitos, educados, cuya colmena era, a su entender, el producto de un trabajado pensamiento, una reflexión. Trataba a las abejas como a seres pensantes. Con los años, dejó de interesarse en la apicultura. Con los años y con la muerte de mi madre. A veces, en el zumbido de mi padre durante la senilidad, se oía, yo percibía su nombre, Vera, el nombre de mi madre. La llamaba, él siempre estaba llamando a mi madre. Conocía una anécdota de su vida, de la vida de mi madre, que me había contado Fausto. Fausto era el que más sabía de nosotros, de la historia, de nuestra historia, porque mi padre había confiado en él, conversaba sólo con él, con Fausto, confiaba en él desde el principio, debido a su oscuridad. Conocía la anécdota por la cual mi madre había dejado de tocar el piano. Por mi padre. Fue por mi padre, por su amor, decía Fausto, que mi padre que la amaba tanto, tanto, que tenía celos del piano. De la música. Mi madre lo amaría también, supongo, porque no dudó, no pestañeó cuando hubo de elegir entre mi padre y el piano. ¿Qué era el piano, al fin y al cabo?, preguntaba mi hermano. Un mueble, se respondía. Pero no se preguntaba, mi hermano no se preguntaba qué era mi padre, al fin y al cabo, y no se lo preguntaba, porque temía responderse con una respuesta hartamente concisa, una respuesta que articulara algo así como un joven oficial en ascenso que nunca llegó a nada; una respuesta mezquina. Era obvio que a mi hermano Fausto tampoco le interesaban demasiado las preguntas y las respuestas. Él era feliz, estaba claro. Él iba y venía de la

isla a la ciudad, vendía la miel, conocía gente, muchachos, mujeres, mientras nosotros nos quedábamos a la sombra de los eucaliptos muertos y quemados por el rayo, protegiéndonos la piel, como temblorosas ratas blancas. Él, Fausto, no era inocente. En mi lugar, él no hubiera dudado sobre las razones que tendría un hombre para llamarme desde tan lejos, diciéndome que me quería, que sentía pasión por mí, que es lo que significaba el coral rojo que me envió, el hombre que sabía todo de mí, como por ejemplo que mi apellido, mi real, mi verdadero apellido era Noth, y que pasaba mis horas leyendo y releendo los libros que él me mandaba, debajo del eucalipto, azuzada por el sol implacable de esta isla como una pobre rata blanca, mientras escuchaba el quejido de mi padre, zumbando, Vera, Vera, que era el nombre que usaba mi madre allá en Berlín y él la llamaba, incansable, porque ella, su existencia, su cuerpo claro era el único nexo de mi padre con su vida de allá, con su vida de Alemania, ella era la única que lo transportaba a esa vida, a ese mundo exento de inundaciones y mosquitos, tábanos, yararás y toda esta peste de la isla en la que estamos escondidos, todos nosotros excepto Fausto, porque era Oscuro, todos nosotros agazapados en la isla, y arriba, afuera, el mundo. Y, sin embargo, aparte de mi madre, y tal vez aparte de Fausto que fue elegido por él para transmitir la historia, nosotros, mis otros hermanos y yo, no contamos para él, para mi padre. Somos fantasmas que cruzan esta maldita isla, abriéndose paso a machete, macheteando una vegetación que nos encierra como una

cárcel. Le había dicho, al principio de los llamados que me hacía el hombre desconocido, le había dicho que yo iba a irme de la isla. Y él, mi padre, se puso tenso, una sombra de tensión aleteó en su rostro, y declaró que yo no servía, que irme sería morir y llevarle la muerte a todos ellos. Que me iban a reventar los pulmones, la primera vez que hiciera el amor. Yo le decía, ¿por qué, papá, me hace esto?, y él me hubiera pegado si hubiera podido, pero ya no podía andar ni levantarse del sillón de mimbre, y no tenía fuerzas para mandar a uno de mis hermanos para que me pegara, nadie nunca me podría pegar a mí, porque ellos, mis hermanos, incluso Fausto a pesar de ser distinto, no se atrevían a tocarme. Como si yo fuera, hubiera sido de dos materiales opuestos. De una delicada porcelana y de un barro fétido e inmundado, por eso era, que ninguno de todos ellos, hasta Fausto, se atrevía a tocarme. Ni se atrevieron a cortar la comunicación, cada vez que me llamaba ese hombre desde lejos, el hombre que quizá poseía un extraordinario sentido de la justicia, y viniera persiguiendo la presa que era mi padre, para realizar, completar, ese particular sentido de justicia suyo. O quizá esperaba, que yo le contestara, le hablara, porque estaba enamorado de mí, podría estar perdidamente enamorado de mí y a la vez ocultar los tres metros de soga de cáñamo italiano recubierta con piel de becerro para no herir la decrepita piel de mi padre. Mi padre, que cada noche era cargado en brazos por uno de mis hermanos, para llevarlo a la cama. Esperaba el llamado, yo, era la hora, y pensaba, y oía la voz queda

graznando Vera, Vera, y el teléfono comenzó a sonar, con su timbre absoluto, y a mí el corazón me saltaba en el pecho, y a cada salto del corazón, los pulmones, los bronquios eran raspados y erosionados igual que rocas antiguas, rocas muy antiguas que recién ahora estuvieran a punto de erupcionar. Aguardé el tiempo necesario para que el hombre que me llamaba dijera a mi hermano el menor la frase rigurosa, la frase iniciática: Noth, pásame con la chica; y mientras aguardaba, pasaba lentamente las hojas del libro de Tolstoi que él me había enviado, las hojas, las hojas, y entonces fui hacia el teléfono, y contuve la respiración durante unos segundos, para que mi corazón se aplacara y dejase de rugir, y apenas si pude titubear ¿Si?, el ¿Si? de siempre, liso, aflautado, al que le seguía el interminable silencio que había sido, que podían llegar a ser, nuestras vidas, la mía. ¿Si?, titubeé, y junté aire, me pareció que sorbía todo el aire de la habitación, y me temblaban las rodillas, y despaciosa, parcamente, agregué: Habla Eva Noth, ¿quién habla?

PATRICIA SUÁREZ

(Rosario, 1969). Narradora, escritora y dramaturga. Estudió psicología y antropología. Asistió al taller de narrativa de la escritora Hebe Uhart y estudió dramaturgia junto a Mauricio Kartún. Ha trabajado en periodismo cultural en diversas revistas y diarios argentinos y uruguayos. Hoy cuenta con una extensa bibliografía editada (ha publicado más de cuarenta títulos) y numerosos premios en su haber. Entre sus obras encontramos cuentos (para niños y adultos), novelas, ensayos, poesías y obras de teatro. Actualmente, dicta talleres de lectura y de narrativa.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

El circo nunca muere / narrativa

Gabriel Báñez

Los zapatos del ahorcado / narrativa

Virginia Ducler

La observación / narrativa

Marcelo Cohen

Maltratado de Crítica / poesía

David Wapner

De las Indias con amor / narrativa

Natalia Reynoso Renzi

Sobre mi mesa más limpia / poesía

José A. González

Molgo Raf / narrativa

Alejandro Dato

Descargalos en

www.edicionesrevolver.com

ÍNDICE

Créditos	3
Anna Magnani	5
El profesor	15
El gato	21
Compañía	25
La Bella Durmiente del Bosque	32
Eucaliptos muertos y quemados por el rayo	43
Patricia Suárez	53
Otros títulos publicados	54